**La Guerra de los Botones - Louis Pergaud**

En la campiña francesa, dos pueblos, Longeverne y Velrans, eran conocidos por su rivalidad. Los niños de estas aldeas reflejaban esta enemistad en su vida cotidiana. Lebrac, el astuto y valiente líder de los muchachos de Longeverne, siempre estaba dispuesto a luchar por el honor de su pueblo. Sus amigos, Camus, Gibus y los demás, lo seguían con lealtad y entusiasmo.

Todos los días, después de la escuela, los chicos de Longeverne y Velrans se reunían en el campo para luchar.

Estas batallas no eran luchas ordinarias. Tenían una regla única: los chicos tratarían de capturar botones de la ropa de los demás. Perder un botón era una gran humillación.

Los ganadores regresarían a casa, mostrando con orgullo sus trofeos. Los perdedores, por otro lado, se enfrentarían a la ira de sus padres por regresar con la ropa rota.

Una tarde, Lebrac reunió a sus amigos. Necesitaban una nueva estrategia para derrotar a los Velrans de una vez por todas. Los muchachos escucharon atentamente, sabiendo que Lebrac siempre tenía las mejores ideas.

Colocaron trampas a lo largo del camino que los velranos utilizaban para llegar al campo de batalla. Camus se escondía detrás de los arbustos y señalaba cuando se acercaban los Velran. Gibus y Lebrac los flanquearían por ambos lados.

Pasaron el resto de la tarde preparándose para la gran batalla. Cavaron pequeños hoyos y los cubrieron con ramas y hojas. Afilaban palos y los colocaban estratégicamente alrededor del campo de batalla.

Por otro lado, los muchachos Velrans, liderados por Aztec des Gués, también planeaban sus propias estrategias. Aztec era tan astuto y decidido como Lebrac, y contaba con la lealtad de su grupo. Sabían que tenían que estar atentos y preparados para cualquier sorpresa de los chicos de Longeverne.

Al día siguiente, los muchachos de Longeverne llegaron temprano y tomaron sus posiciones. Camus se escondió detrás de los arbustos, mirando a través de las hojas. No pasó mucho tiempo antes de que viera que los Velrans se acercaban. Hizo una seña a Lebrac, que asintió en silencio a Gibus. La trampa estaba tendida.

Cuando los Velrans llegaron, de repente se encontraron caminando hacia agujeros y tropezando con palos. Los chicos de Longeverne saltaron de sus escondites, sorprendiendo a los Velrans. Los botones volaron de chaquetas y camisas mientras los dos grupos se enfrentaban. Lebrac se movió rápidamente, sus manos agarraban hábilmente los botones mientras evitaba a sus enemigos.

Aztec des Gués, tratando de mantener el control, gritaba órdenes a sus amigos. Los chicos de Longeverne estaban demasiado bien preparados y, a pesar de sus mejores esfuerzos, los Velrans se vieron abrumados.

La batalla fue intensa, pero los chicos de Longeverne tenían la ventaja. Al final del día, habían capturado más botones que nunca. Los muchachos Velrans, derrotados y humillados, regresaron a su pueblo.

Esa noche, Lebrac y sus amigos examinaron su colección de botones. Finalmente habían derrotado a los velrans, pero Lebrac advirtió que debían permanecer vigilantes. Los Velrans querrían venganza, y tenían que estar preparados.

En la escuela, los maestros estaban molestos con los niños y sus constantes peleas. Prefieren que los chicos se concentren en estudiar y se comporten correctamente. Sin embargo, los muchachos estaban preocupados por sus batallas y siempre buscaban nuevas formas de sorprender a la pandilla de los Velrans, liderada por Aztec des Gués.

Pasaron los días y los velranos no volvieron al campo de batalla. Los chicos de Longeverne continuaron sus aventuras.

Mientras tanto, los padres de ambas aldeas se sentían cada vez más frustrados con las constantes peleas de los niños y la ropa arruinada. Decidieron poner fin a la guerra.

Entonces, un día, se difundió la noticia de que los velranos se estaban preparando para una batalla final y decisiva. Los muchachos de Longeverne, liderados por Lebrac, también se prepararon para la batalla.

El día de la batalla, los muchachos Longeverne y Velrans se encontraron en el campo, ambos decididos a ganar. Los botones volaron y la ropa se rompió en el forcejeo. Justo cuando la batalla llegaba a su punto álgido, los adultos de ambos pueblos llegaron, alertados por el ruido y el caos.

Los padres, hartos de los combates y de la ropa dañada, intervinieron. Separaron a los chicos, poniendo fin a la batalla. Ya era suficiente. Los muchachos tenían que parar la guerra.

Los chicos sabían que sus padres tenían razón. La guerra había ido demasiado lejos.

Los padres castigaron severamente a los niños, diciéndoles que no podían pelear más y obligándolos a arreglar su ropa. Los chicos pasaban horas cosiendo botones en sus camisas y reparando los agujeros de sus pantalones.

A regañadientes, los chicos accedieron a detener sus batallas. Lebrac y sus amigos sintieron una mezcla de alivio y tristeza. Sus aventuras habían llegado a su fin.